

25  
CFS



# LA HORDA MALDITA

RANDOLPH SCOTT — JUDITH ALLEN — BUSTER CRABBE



HATHAWAY, Henry

# BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO  
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL  
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES  
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS  
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 551

*The Thundering Herd, 1933*  
**LA HORDA MALDITA**

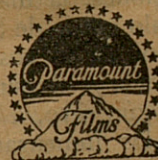
Narración novelada de la película del  
misimo nombre interpretada por

*Nov. de  
Zane Grey*

**Harry Carey (Cayena)**

Narración de M. NIETO GALÁN

Producción  
de la invicta  
m a r c a



Paseo de  
Gracia, 91  
Barcelona

## REPARTO

Clark Sprague . . .	HARRY CAREY (Cayena)
Tom Doane . . .	Randolf Scott
Milly Fayre . . .	Judith Allen
	<i>Buster Crabbe</i>

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*Estreno 12-7-36  
en el Cine San Miguel, de Madrid*



## PRIMERA PARTE

La región occidental del Norte-América fué teatro en el otoño de 1874 de una actividad delirante en la caza de búfalos, por cuyas pieles, muy solicitadas entonces en todo el mundo, se pagaban sumas fabulosas.

El hombre blanco invadió nuevamente el territorio indio y rápidamente acababa con las manadas de búfalos del Piel Roja. De todas las expediciones, la más internada en la región del búfalo era la de Sprague. Hombre gran conocedor de las costumbres de los indios, de su idioma y de su psicología; se atrevía, como ningún otro, a adentrarse con sus hombres en las inmensas llanuras que servían de pastos a los búfalos y sus remesas a los mercados americanos eran las más importantes.

Clark Sprague era un hombre que contaba ya sus cuarenta años, honrado a carta cabal y jamás había querido casarse, por tener que estar separado de su mujer o hacerla partí-

cipe de los peligros de su arriesgada profesión.

Pero esta misma falta de familia, le había hecho sentir un verdadero cariño paternal por Tom Doane, un muchacho de unos veinte años, valiente como pocos, arriesgado y uno de los mejores tiradores de todas las expediciones que cruzaban aquellas tierras.

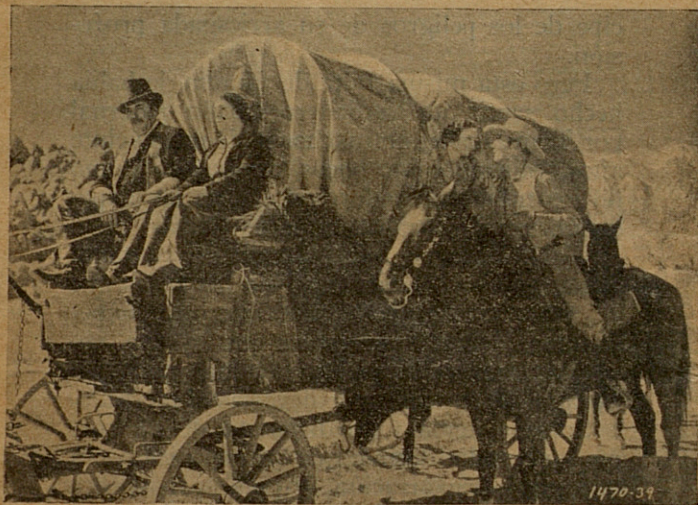
Clark Sprague había adquirido ya tanta fama, que no solamente poseía las pieles que él cazaba con su gente, sino que otras expediciones, menos importantes que la suya, venían a ofrecerle las pieles obtenidas, para que Sprague se encargara de llevarlas al mercado.

Sprague tenía todo dispuesto de tal forma, que podía decirse que su expedición era una gran organización. Poseía carros para trasladar las pieles de los puntos donde acampaban hasta las estaciones próximas para su embarque y la expedición estaba compuesta por unos cincuenta hombres bien elegidos por Clark entre los más valientes y honrados de los que se dedicaban a la caza del búfalo.

Sprague no era solamente el dueño de aquella expedición, compartía con él los derechos de la propiedad un tal Jud Pilchuck, casi de la misma edad que el primero, pero que le faltaba de inteligencia todo lo que le sobraba de hombría, de bien y de buenos sentimientos.

Los dos compañeros jamás tuvieron la me-





Sprague poseía carros para trasladar las pieles...

nor palabray, mientras Sprague era el encargado de la parte administrativa, el otro se preocupaba más de las labores y también, como Sprague, quería a Tom como si fuese su hijo, hasta el punto de que los dos socios habían decidido asociarlo a su negocio y quitarlo de conductor de una de las diligencias que se cuidaban de llevar pieles.

Se aproximaba el otoño de 1874, cuando

una mañana llegaron al campamento varios carros cargados de pieles y uno de los dueños llamó a Sprague y le dijo:

—¿A cómo pagas las pieles?

—A dos dólares ahora — respondió Sprague—, si esperas, según esté el mercado, puedes sacar más o menos.

El vendedor dudó unos segundos y respondió al fin:

—Esperaré, creo que van subiendo... ¿Todavía es Tom tu cochero?

—Sí — respondió Sprague—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me habían dicho que ibais a hacerle socio.

—Es verdad — confirmó la noticia Sprague—. Este es su último viaje... Ya verás cómo hoy llega antes que nunca.

Y, en efecto, tal y como se lo había pensado Sprague sucedía, puesto que en aquellos momentos la diligencia, conducida por Tom, corría velozmente hacia el campamento, llevando también en el pescante a un tal Bill, que era él que había de hacerse cargo desde el día siguiente de la diligencia.

Conforme iban atravesando lugares, Tom le iba indicando los peligros del camino y le decía:

—Por aquí puedes dejar las caballerías solas, pero en tiempos malos de invierno hay que ir despacio. Estamos cerca de la mitad



del camino y por la época de las nieves se cambian aquí los tiros.

—¿Te gusta dejar la diligencia después de haberla llevado tanto tiempo? — le preguntó Bill.

—Sí, porque me voy de cazador de búfalos.

—¿Y vas a ir solo? — preguntó curiosamente Bill.

—No, eso es imposible. Hay demasiados ladrones y demasiados indios. Voy con Sprague y con Pilchuck.

En aquel momento dió una vuelta la diligencia en una curva pronunciada que hacía la carretera y Tom vió a un carro medio volcado y a su conductor que se afanaba por ponerlo en condiciones de poder reanudar nuevamente su marcha.

—¿Qué pasa allí? — preguntó Bill.

—Pues es nada menos que Pilchuck — exclamó Tom, reconociendo a quien estaba con el carro.

—Toma las riendas y sigue tú, yo voy a ayudarle.

Se lanzó de la diligencia y se acercó adonde estaba Pilchuck., a quien le habían robado las pieles que conducía y le preguntó:

—¿Que ha sido eso?

—Fuí perseguido por los ladrones — respondió el Pilchuck.

—¿Qué clase de gente eran, blancos o indios?

—Blancos, disfrazados de indios, con pinturas y plumas...

—¿Y cómo es que han huído?

—Porque han oído la diligencia y se han puesto en salvo. Estoy seguro de que no eran indios... Hay blancos que son peores que ellos... En fin, a ver si arreglamos esto.

Los dos hombres se pusieron a reparar el carro y cerca de media hora después emprendieron la marcha hacia el campamento.

---

Coleccione cada semana

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**  
**BIBLIOTECA FILMS**  
**Y**  
**FILMS DE AMOR**

éstas son las más antiguas y  
 selectas novelas cinematográficas



## SEGUNDA PARTE

Bill, el nuevo conductor de la diligencia, seguía su marcha hacia el campamento de Sprague, sin darse cuenta que tras la diligencia, corriendo a más no poder, venía una joven de unos diecisiete años. Era una chiquilla preciosa, en cuyos ojos se advertía una dulce melancolía y que mostraba una destreza en el manejo del caballo, que hubiera llamado la atención al mejor comboy de aquellos contornos.

Cada vez hostigaba más a su caballo, hasta que consiguió acercarse a la diligencia, subir a ella y pasar al pescante. Reconoció al conductor y le preguntó de no ver al otro:

—¿Y Tom?

—Ayudando a Jud Pilchuck lo he dejado —le respondió Bill.

—¿Sabes si llegará antes de la hora de cenar?

—Me lo supongo — volvió a decirle Bill.

—Pues dile que quiero hablarle, que vaya hoy a verme donde ya sabe.

Cuando terminó de decirle aquello, se puso en pie para marcharse y Bill le dijo entre-gándole una carta:

—Toma, dale esto a tu padre.

Recogió la muchacha la carta y con la misma agilidad que había subido a la diligencia, se apeó de ella. Silbó a su caballo, que había seguido al carruaje, y cuando se le acercó el noble animal, montó sobre él y emprendió el represo hacia su campamento.

La joven amazona se llamaba Milly y era hija adoptiva de un tal Randall Jett, un hombre sin conciencia alguna y quien para satisfacer sus deseos, fuesen de la clase que fuesen, no reparaba en medios algunos.

Milly había conocido a Tom y entre los dos jóvenes nació una simpatía tan profunda, que pronto se convirtió en una gran pasión que los unió en un idilio que parecía había de ser eterno. No desconocía Tom las más malas cualidades de Jett, pero conocía también la bondad de Milly y por eso estaba decidido a casarse con ella, único medio de poderla librar del dominio de Jett.

En el campamento de éste, a falta de Jett, quedaba su mujer, tan parecida en sentimientos a él y que sabía imponer su autoridad cuando era necesario. Precisamente aquel mismo día, uno de los que formaban parte del campamento de Jett se resistía a herrar a



unas caballerías y la mujer quería obligarlo, diciéndole amenazadora:

—¿No me has oído lo que te he mandado?

—Sí que lo he oído, pero no lo hago — respondió el herrador—. Yo no sigo órdenes de ti ni de ninguna mujer.

—¡Cuando falta mi marido, mando yo! — exclamó ella, encarándose con el que quería rebelarse.

En aquel momento llegó Jett y, al oír la discusión, se acercó a los dos y les preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que este mal herrador no quiere obedecerme.

—Es que ella quiere... — empezó diciéndole el otro.

—¡A callar! — respondió Jett autoritario—. ¡Yo soy el único que mando aquí! Cada uno que se vaya a su trabajo y en paz. Su mujer, sin responder palabras, se alejó de donde estaba su marido y al poco rato se encontró con Milly que llegaba, y le dijo:

—¿De dónde vienes?

—De dar un paseo por el campo — respondió ella—. ¿Y Jett?

—Deja a Jett en paz y escúchame — le dijo la esposa del jefe—. Ya sabes que yo no soy tu madre y he de advertirte que tengas cuidado con Jett.

—¿Por qué? — preguntó la muchacha.

—Por sus caricias y sus mimos. Mientras

yō viva, puedes estar tranquila, aunque deberías tener aquí a tu novio y así tu padastro no se permitiría ninguna libertad contigo.

La conversación entre las dos mujeres quedó interrumpida por la presencia de Jett, que, al ver a la muchacha, dulcificó todo lo que pudo su voz y su semblante y le dijo:

—Milly, muy buenas noticias... Pronto seremos ricos. Han pagado a tres dólares las pieles y la mitad de todo lo que yo tengo, es siempre para ti.

Su mujer terció en la conversación, para evitar que su marido siguiera galanteando descaradamente a la muchacha y le preguntó:

—¿Tardarán en volver esos con el carro?

—Míralos — le dijo Jett, indicando a un carro que llegaba en aquel instante—. Le han quitado a Pilchuck todas las pieles, sin necesidad de matarlo.

—¿Y crees que eso es mejor? — le preguntó su mujer—. Pues como no obres con más cautela, te ahorcarán el día menos pensado.

Jett se la quedó mirando airadamente y le respondió, creyendo adivinar el pensamiento de su mujer:

—Lo que tú tienes, es que estás celosa. Si tú le entendieras mejor, aquí podríais caber las dos.

Su mujer lo miró despectivamente. Sabía hasta qué punto era capaz de hacer lo que



decía aquel hombre y se alejó de allí, mientras que Jett iba donde habían dejado el carro que les sirvió para realizar el robo y, advirtiéndolo que a una de sus ruedas le faltaba el aro de hierro, les dijo a sus hombres:

—Quemar esa rueda y ponerle una nueva, aprisa, para que no se advierta... Yo no estaré tranquilo hasta que no desaparezca Sprague, y su compañero y Tom.

Pruit, uno de sus hombres, en quien Jett tenía toda su confianza, se acercó a él y le advirtió:

—Yo creo que lo mejor es que nos alejemos de estos lugares. Tengo la seguridad de que Sprague sospecha de nosotros y puede darnos un disgusto.

—Es verdad —reconoció Jett—. Procura contratar diez o doce cazadores de búfalos y, haciendo ver que nos dedicamos a la caza, no apareceremos sospechosos.

Quedaron conformes en ello, mientras que entre tanto, Tom y Pilchuck se acercaban al campamento de Sprague y Tom le iba diciendo a su compañero el pensamiento que tenía de casarse cuanto antes.

—Dudo que Sprague apruebe tu casamiento y que te deje traer a tu mujer. Yo ya sabes que me opongo a todo lo que sea boda.

—Pues usted bien que se casó varias veces —le dijo el muchacho riendo.

—Cinco veces me he casado y dos de ellas

con dos indias, pero nunca fui afortunado. Naturalmente que tu muchacha es muy buena, pero detesto que te relaciones con Jett. Hay sospechas de que este hombre antes robaba caballos y ahora se dedica a robar pieles. En fin, yo hablaré con Sprague y ya veremos.

Al cabo de un buen rato llegaron al campamento y Pilchuck refirió a su amigo y compañero lo que le había ocurrido, diciéndole:

—Estoy seguro de que no eran indios, sino ladrones de pieles. Tom te explicará mejor que yo cómo me encontré.

Tom refirió en la forma que lo había visto y, mientras que los dos socios se iban al interior de una tienda, Bill se acercó a Tom y le dijo:

—Milly me ha dicho que necesita verte hoy mismo.

Bastó aquello para que Tom, sin decir nada a nadie, montara a caballo y partiera hacia el sitio donde tenía la seguridad que había de encontrar a la muchacha y Sprague, al verlo marchar, preguntó extrañado:

—Pero, ¿dónde va ese muchacho?

—A ver a su muchacha —le respondió Pilchuck—. Piensa casarse pronto y traerla con nosotros. Háblale tú a ver si le haces desistir.

—Claro que le hablaré, y, si insiste, le diré que no lo asociaremos a nosotros.





Al cabo de un rato llegaron al campamento y Pilchuck...

—Yo ya le he hablado, pero no he podido convercerle y es una lástima que se nos malogre un muchacho como Tom.

Pero el cariño que tanto Sprague como su socio tenían por Tom, hizo que después de mucho discutir, encontraran un medio que justificase el que Tom se quisiera casar y Sprague le dijo:

—Después de todo, no creas que sería una

locura. Si Tom se casa, su mujer puede servirnos para llevar los libros de las cuentas. Así no me tendré yo que ocupar de ellos.

Pilchuck sonrió burlonamente y respondió:

—Ya me pensaba yo que al final cederías. Eres un chiquillo completamente.

Sprague, al oírse llamar chiquillo, se indignó a más no poder y replicó:

—¿Crees que me ha hablado?... Pues ya verás cómo le digo que si se casa, no lo asociamos...

Y mientras que los dos socios se preocupaban de la suerte de los dos enamorados, éstos se habían encontrado en el sitio de costumbre y Tom le decía a la muchacha:

—Estoy decidido a que nos casemos cuanto antes... Si tú quieres, podemos hacerlo mañana por la mañana... ¿Podrás escapar?

—Creo que sí — le dijo la muchacha—. Ellos piensan marcharse mañana, según he oído decir, pero yo me quedaré, por eso te he llamado para decirte que no quiero irme de tu lado.

—Pues entonces estamos de acuerdo — le dijo riendo el joven, mientras la abrazaba—. Hoy mismo consultaré con Pilchuck y con Sprague.

—¿Crees que no se opondrán? — preguntó temerosa la joven—. Presiento que se enfadarán contigo.

—No te importe — le dijo Tom confiado



en el cariño que ambos le tenían—. Yo sabré convencerlos y ya verás cómo acceden.

—Entonces mañana ven temprano y huíré contigo sin que ellos se den cuenta.

Volvieron a besarse los dos jóvenes y se separaron para esperar al día siguiente, en el que se unirían para siempre.

Pida hoy mismo el espléndido

**CATALOGO ILUSTRADO**

de las inimitables

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**

a EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

### TERCERA PARTE

Apesar de la decisión de Sprague y Pilchuck de no dejar que se casase a Tom, ante la insistencia de éste, los dos emprendieron que no tenían más remedio que acceder y al día siguiente Tom fué a buscar a su novia para llevársela a su campamento.

En el de Jett, toda la gente estaba atareada preparando la marcha, cuando Milly se deslizó por las carreteras para huir de allí. Ya casi estaba a punto de realizar su propósito, cuando se encontró con Jett, que le dijo sonriendo burlonamente al advertir los propósitos de la joven:

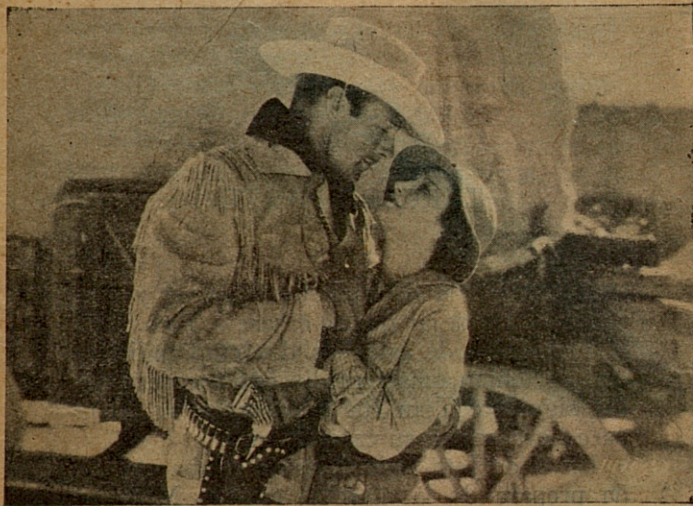
—¿Adónde vas tú?

Milly atemorizada, pensando que aquel hombre la castigaría bárbaramente, se calló sin saber qué responderle y Jett volvió a decirle:

—¿Querías marcharte?... Pues yo te pondré en un sitio que no puedas hacerlo... ¡Sube a esa carreta!

A viva fuerza tuvo la muchacha que acce-





Tom fué a buscar a su novia...

der a lo que le decía su padre adoptivo y éste llamó a uno de sus hombres y le ordenó:

—Vigilala y procura que no se escape, si no quieres que a ti te ocurra algo desagradable.

Siguió dando instrucciones a todos los demás y, cuando comprendió que todo estaba a punto, gritó a sus hombres:

—¡En marcha!... ¡Cada uno en su sitio!

Y pausadamente fueron internándose hacia el interior del territorio indio, donde pensaban encontrar manadas de búfalos.

Mas antes de marchar de allí, Jett, influenciado por los celos, quiso asegurarse de quién era el que venía en busca de Milly, pues tenía la seguridad de que sola nunca se habría atrevido a huir, como pensaba. Llamó a Pruitt y a otro hombre y los tres dieron una batida por los alrededores hasta que descubrieron a Tom. La perversa alegría de Jett iluminó su rostro y exclamó:

—Buena caza vamos a hacer ahora.

Y, sin decir más, disparó sobre Tom, que cayó al suelo herido por el certero disparo de Jett. Una vez que le vieron caer, corrieron hacia donde estaba y Jett exclamó:

—Me parece que ya tiene bastante. Ahora traer su caballo.

Le amarró las manos como si estuviera esposado y entre todos le pusieron al caballo que traía Tom, amarrándolo por las muñecas y la parte delantera de la montura.

Dejaron al animal en libertad y éste, llevado por la quèrencia, se encaminó hacia el campamento.

Cuando llegó a él, Tom, que se había caído del caballo, iba arrastrado por éste, y Sprague y Pilchuck, al verlo, corrieron a prestarle auxilio.



Cuando Pilchuck, a fuerza de animarlo, consiguió hacerlo volver en sí, le preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Me ha herido Jett — respondió el joven.

—¿Dónde está ese bandido? — exclamó Sprague.

—Iba hacia Río Rojo... Han levantado el campamento.

—Pues sea donde sea, le encontraremos y pagará caro lo que ha hecho — exclamó Sprague, decidido a vengar lo que le habían hecho a Tom.

Aquel mismo día quedó levantado el campamento de Sprague y se dirigieron hacia el Río Rojo. Tom, acomodado en una carreta, iba recobrando sus energías gracias a los cuidados de Pilchuck, aun cuando interiormente no dejaba de pensar en Milly y aquel recuerdo retardaba más su curación por el ansia que pasaba el pobre, pensando en lo que podría haberle ocurrido a su novia en poder de aquellos miserables.

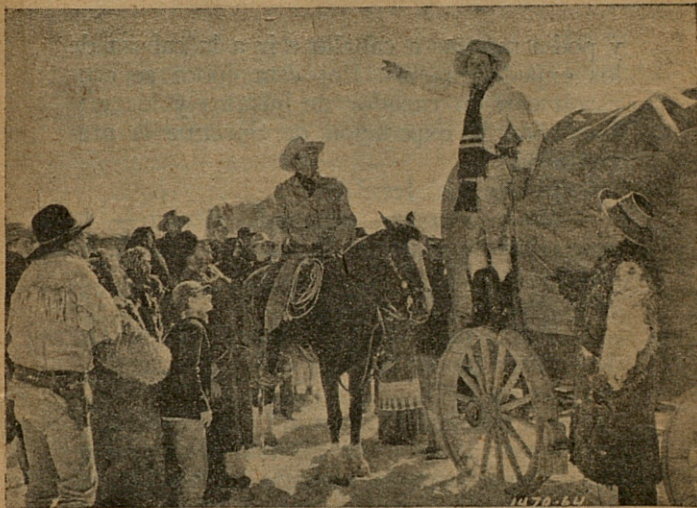
Al cabo de algunos días, Sprague le preguntó risueño animándolo:

—Tú ya estás bien, muchacho... ¿Cuándo piensas levantarte?

—No lo sé, pero en cuanto pueda levantarme os dejo.

Sprague se le quedó mirando extrañado y le dijo:

—¿Tienes alguna queja de nosotros?



— ¡En marcha!... ¡Cada uno en su sitio!

—Ninguna, pero quiero vengarme del miserable que me hirió.

Sprague no quiso fatigarlo más y lo dejó acostado, pensando que el que quería vengarse era él precisamente.

Pero el tiempo fué pasando y la ocasión para cumplir la venganza no llegaba. A los cuatro meses de andar por aquellas tierras Tom estaba ya completamente restablecido



y podía montar a caballo e ir a la cabeza de los expedicionarios. Por esta época se cruzaron con un cazador de búfalos y los que formaban la expedición de Sprague le preguntaron:

—¿Visteis a Jett?

—No le conozco—respondió el otro—, lo único que he visto es la manada grande de búfalos.

—¿Por dónde está?

—Por la parte de Río Grande; allí se pueden matar tantos búfalos como se quiera.

Aquellas noticias animaron a los cazadores para proseguir el camino que llevaban, y en efecto, al cabo de algunos días encontraron una pequeña manada de búfalos en los que habría unos doscientos animales.

Sprague, Pilchuck y Tom acompañados de varios cazadores más se lanzaron a la persecución de los búfalos y una vez más quedó demostrada la maestría de aquellos buenos tiradores por el número de piezas recobradas.

Inmediatamente se procedió a desollar a los búfalos y después de preparadas las pieles se cargaron en los carros para ser trasladadas a un punto desde el cual pudiera embarcarse en cualquier estación.

Al día siguiente de quedar terminada esta faena reemprendieron la marcha, pero de pronto la expedición hubo de detenerse. Vie-

ron a lo lejos una partida de indios y por lo que pudiera suceder se detuvieron para estar preparados a cualquier ataque. Tom, que conocía casi todas las tribus de los pieles rojas tranquilizó a sus compañeros diciéndoles:

—No hay nada que temer, son Comaches. Voy a hablar con ellos.

Espoleó su caballo y se dirigió hacia el grupo de indios que al verlo llegar detuvieron la marcha en señal de paz y Tom les preguntó, poseído por el pensamiento que siempre le embargaba:

—¿Habéis visto algún campamento de hombres blancos?

—Sí—respondió el jefe de los Comaches.—Están en Río Rojo, donde está la manada grande de búfalos.

—Está bien—respondió Tom separándose de ellos y volviéndose hacia donde estaba la expedición para comunicar las noticias que había adquirido.

A los pocos kilómetros de allí dieron ya con una gran parte de la manada de búfalos, y esta vez tuvieron que tomar toda clase de precauciones para no verse arrollados por aquellos animales que como una tromba se les venían encima.

Cada tirador en su sitio y las mujeres y niños puestos a resguardo, dió comienzo la cacería, y Tom demostró una vez más, no



solamente ser un gran cazador, sino también un hombre a quien no espantaba el peligro.

Siguieron varios días de caza constante que dió por resultado el que los indios se reuniesen para hacer causa común y atacar a los blancos que amenazaban con destruir los búfalos que consistían para ellos uno de los principales alimentos.

Algunos días después llegó un pequeño destacamento de cazadores de búfalos y el jefe de ellos le preguntó a Sprague:

—¿Qué noticias tenéis por aquí de los indios?

—Están en paz ahora—les dijo Sprague.

—No lo creas—respondió el otro—. Los indios están ahora atacando a varios destacamentos. Nos ha avisado el gobierno para que volvamos a país dominado. Han dado orden de que vayamos a Vuelta Corta.

—Pues si es así—respondió Sprague—, nosotros también regresaremos. No quiero que nos cojan por aquí. Voy a dar orden de regresar a Vuelta Corta.

—Además, han saqueado algunos campamentos de cazadores y se han llevado las pieles.

—¿No sabes quiénes pueden ser?—preguntó Sprague.

—A mí me han dicho que es Jett. Todos acusan a sus hombres.

—Yo tampoco tendría inconveniente en

acusarlos—respondió a su vez Sprague—. De ese hombre hay que esperarlo todo.

Y tanto cabía esperar de Jett, que precisamente aquel mismo día cometía una de sus muchas fechorías. Un pobre cazador de pieles, se dirigía hacia el poblado más próximo cuando Jett y sus hombres lo vieron y exclamaron:

—Ese hombre debe ser imbécil... ¿A quién se le ocurre ir solo por estos terrenos y con un carro cargado de pieles?

—Lleva razón, Jett—respondió Pruitt—, yo creo que debemos evitar que los indios lo moten.

Jett sonrió ante las palabras de su subordinado y sacando la pistola hizo fuego sobre el infortunado cazador, que al oír el disparo lanzó a sus caballerías a toda velocidad, para librarse del ataque. Mas sus perseguidores iban montados en buenos caballos y por mucho que el otro quiso adelantarlos, la carrera sólo duró unos minutos, hasta que por fin cayó víctima de los disparos de Jett y de sus hombres.

Una vez en poder de las pieles regresaron al campamento para preparar la salida de él, siguiendo las instrucciones que les había comunicado el Gobierno, para evitar cualquier ataque de los indios.

Pero Jett quedía además aprovechar aque-



lla ocasión para satisfacer los perversos deseos que le había inspirado Milly, y dió orden de levantar el campamento diciéndole a su mujer:

—Hay que sacar las carretas de aquí y regresar a un poblado. De las carretas de abajo os encargaréis vosotros—les dijo a sus hombres—. De la otra lo hará Pruitt y tú, y de la que está arriba lo haremos Milly y yo.

Su mujer lo miró celosamente y exclamó:

—¿Y por qué me he de ir yo en la carreta con Pruitt?

—Pues por dos razones—respondió Jett con su natural brutalidad—. La primera porque alguien de confianza ha de ir con ellos y la segunda porque yo soy el amo y el único que manda.

—Está bien — respondió su mujer, aun cuando interiormente el tormento de los celos casi la ahogaba.

Pero aquella noche sucedió algo extraordinario. Tom había huído del campamento de Sprague y había llegado hasta donde estaba el de Jett. Silbó varias veces para que Mally se diera cuenta de que él estaba allí y la muchacha, en cuanto lo oyó corrió a buscarlo. Mas antes que pudiera abandonar los carros de Jett se encontró con la mujer de éste que le dijo:

—¿Dónde vas?

La muchacha atemorizada y temiendo que



—¿Y por qué me he de ir yo en la carreta con Pruitt?

a su novio pudiera ocurrirle algo, se negó a responder y la otra le dijo:

—No tengas miedo, yo te defenderé hasta que te vayas... Corre, podrían verte.

Milly se apresuró a buscar a su novio y éste le preguntó:

—¿Y Jett?

—Déjalo ahora — respondió apresurada-



mente Milly. — Es necesario huir cuanto antes. Luego sería ya tarde.

Apenas los dos enamorados habían emprendido la marcha cuando Jett fué acercándose cautelosamente a la carreta en la que suponía que dormía Milly. Su mujer que lo vigilaba lo vió e interponiéndose le preguntó:

—A quién buscas?... Ya no está ahí la paloma.

—¿Qué has hecho de ella? — preguntó iracundo Jett — ¿dónde está?

—A muchas millas de aquí — respondió su mujer. — La he visto huir con su novio.

—Mentira — exclamó desesperado Jett. Y dejándose llevar por su furia golpeó sin piedad a su mujer, que en un arranque de defensa, sin saber lo que hacía, cogió el mismo revólver de Jett y disparó sobre él matándolo.

Y mientras estos acontecimientos se desarrollaban en el campamento de Jett, otros de nos menos importancia tenían lugar a la expedición de Sprague que había iniciado el regreso hacia el poblado más próximo.

A los dos días de camino fué sorprendida la expedición por los indios y Sprague dió la orden de acelerar todo lo posible la marcha. Más los pieles rojas se les venían encima y Sprague, hombre conocedor de la psicología de los indios comprendió que no ten-

drían más remedio que presentarles batalla y gritó a sus hombres:

—¡Los carros!... Formar barricadas con los carros, antes de que seamos atacados.

Con una agilidad sorprendente formaron un gran círculo con los carros y esperaron el ataque de los indios.

Las mujeres y los niños habían instalado en el interior de los vehículos para evitar ser heridos, mientras que los hombres convenientemente apostados esperaban tranquilos el momento de disparar.

No tardó éste mucho, puesto que los indios se lanzaron a un formidable ataque, si bien los expedicionarios no los dejaron acercarse, pero a medida que avanzaba el tiempo la situación de los expedicionarios se hacía cada vez más difícil. Ya empezaban a abrir brecha los indios en sus carros y solamente un hecho casual podría evitar el que todos fueran pasados a cuchillo.

Mientras tanto, Tom siguiendo las huellas de los expedicionarios llegó hasta cerca del lugar donde se estaba librando el combate y sin detenerse un instante se lanzó en busca de auxilios para salvar a sus compañeros.

La casualidad hizo que a varias millas de allí encontrase un destacamento de tropas y Tom buscó al jefe de las mismas y le dijo:

—En este momento los indios están atacando a una expedición de blancos.



—¿Dónde? — preguntó el jefe de las fuerzas.

—Camino de Río Rojo. Yo puedo llevarles.

Inmediatamente se dió la orden de marcha y al cabo de dos horas pudieron oír ya perfectamente el fuego que sostenían los indios y los expedicionarios.

Por los gritos que lanzaban los primeros se advertía que éstos estaban convencidos de que se apoderarían de los blancos y de sus mujeres y por lo mismo el jefe de las fuerzas dió nuevamente orden de acelerar la marcha y atacar a los indios. Estos al verse cogidos entre dos fuegos intentaron en un principio resistir, pero luego no tuvieron más remedio que sucumbir y huir precipitadamente dejando el suelo lleno de cadáveres y heridos.

Gracias a la intervención de Tom se había salvado la expedición, sin más percances que unos cuantos heridos que iban mejorando rápidamente. Las carretas seguían su marcha hacia el poblado próximo y en la primera iba como conductor Tom, pero llevando a su lado a Milly, que se sentía la mujer más feliz de la tierra.

Sprague y Pilchuk miraron varias veces a la pareja y estrechándose en silencio las manos sonrieron, mientras decían:

—No había más remedio... Tenía que sea así.

Y la expedición, de aquellos hombres decididos y audaces, iba alejándose rápidamente de aquella otra que como una maldición pesaba sobre todos los hombres honrados que exponían sus vidas en busca de las riquezas de aquellas tierras.

FIN

# BIBLIOTECA FILMS

la más escogida colección de  
asuntos del Oeste Americano  
y de emoción.



EDICIONES BIBLIOTÉCA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

# EL ABOGADO

---

Los asuntos del despacho más importante de Nueva York, el bufete de los abogados Simón & Tedesco, se desgranán en escenas de hondo realismo relacionadas con los propios personajes del argumento. El libro se ha propuesto y ha conseguido un estudio formidable de las costumbres y asuntos relacionados con dicho bufete. Se añaden en el transcurso de la historia relatos de trascendente cultura.

Creación insuperable del gran actor

**JOHN BARRYMORE**

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

**Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona**

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



# BIBLIOTECA FILMS

Volúmenes a 25 cts.

La brillante colección que alessora las grandiosas creaciones de los más famosos cow-boys, antiguos y modernos.

Titulo	Protagonista	Postal
521 EL NEOFITO ... ..	Joe E. Brown	Warren William
522 PIRATAS DE SHANGHAI	Gerda Maurus	Luana Alcañiz
523 EL RETADOR ... ..	George Bancroft	Leslie Howard
524 TARZAN POTRO SALVAJE	Ken Maynard	Ivan Blondell
525 GREIFER ... ..	Martha Eggert	Jean Muir
526 EL GATO NEGRO ... ..	Paul Wegener	Donald Cook
527 ALIAS "TERREMOTO" ...	Ken Maynard	M. Sullivan
528 SUBURBIOS ... ..	V. Sokoloff	Lew Ayres
529 EL RANCHO DINAMITA ...	Ken Maynard	Ginger Rogers
530 EL COW-BOY MILLONARIO	Tom Mix	Jame Gleason
531 BAROUD ... ..	Rex Ingram	B. Stanwich
532 SAMARANG ... ..	Ko-Hay	John M. Brown
533 EL GINETE ALADO ... ..	Kent Taylor	May Robson
534 MUJERES OLVIDADAS ...	Rex Bell	Enrico Caruso
535 EL DEDO ACUSADOR ... ..	R. Berthelmes	Sally O'Neill
536 EL HUSAR NEGRO ... ..	Conrat Veldt	Paul Muni
537 CREPUSCULO ROJO ... ..	Rudolf Forster	Bette Davis
538 HONRARAS A TU PADRE .	L. Barrymore	Gustav Froellich
539 EL TESORO DEL COSACO.	Ken Maynard	Claire Trevor
540 50 DOLARES UNA VIDA ...	Bill Boy	Al Jolson
541 FUGITIVOS ... ..	Kate de Nagy	Sally Eilers
542 EL GINETE RELAMPAGO .	Buddy Roosevelt	George Raft
543 HUERFANO DE PRADERA	Tom Mix	Claire Dodd
544 EL TERROR DE LOS VILES	Ken Maynard	Philip Reed
545 EL BRAVUCON ... ..	Buffalo Bill	Ruby Keeler
546 PRESIDENTE FANTASMA .	Claudette Colbert	Onslaw Stevens
547 TODO LO CONDENA ... ..	Edmund Lowe	M. Lindsay
548 DESFILADERO LA MUERTE	Buddy Roosevelt	Carl Brisson
549 CON MÚSICA Y ASTUCIA .	Ken Maynard	Evelyn Ruapp
550 LA MONTAÑA MISTERIOSA	Buffalo Bill	Jack La Rue
551 LA HORDA MALDITA ... ..	Randolph Scott	June Knight
552 ESTABA ESCRITO ... ..	Stuart Erwin	Bing Crosby
553 PUÑO DE HIERRO ... ..	Tom Tyler	Heather Angel
554 EL INCORREGIBLE ... ..	Ken Maynard	Andy Devine.

## BIBLIOTECA FILMS

Y

## FILMS DE AMOR

son las novelas cinematográficas que no mueren ni desaparecen.

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA